

Veni, Vidi, Vici

“Nunca omitas detalles, porque los detalles siempre hacen la diferencia.” Eso es lo que decía él... Pedro Diogo Martins, comisario de la policía de Évora. Más conocido como “Martini” por sus subordinados debido a su apellido y a sus preferencias alcohólicas. Pedro era un varón alto de 1,90, tenía 35 años en esa época y también estaba en forma ya que durante su tiempo libre, que no abundaba, se dedicaba a ejercitarse en el gimnasio cerca de la comisara. Esa obsesión no era para nada mala ya que le daba muy buenos frutos y esos “frutos” nos imponían mucho respeto hacia él. Era un hombre muy astuto y perspicaz que siempre se fijaba en los detalles, de ahí su famosa frase.

Pero bueno ya me he enrollado demasiado, vamos al grano. Cuando estos relatos sucedieron yo era solamente un recién-llegado a la comisaría sin ninguna experiencia. Me había apuntado al cuerpo de policía para suceder a mi padre, el fallecido comisario Alberto Machado, un hombre al que siempre respetaré, era un ejemplo a seguir, una persona muy noble que murió en las revueltas del 27 cuando fue obligado por la Guardia Nacional, con todos sus hombres, a irse a Oporto con el objetivo de ayudar al ejército a detener las revueltas populares. Infelizmente durante uno de los conflictos fue apuñalado por algún revolucionario del pueblo, yo tenía solamente tres años. Mi nombre es Rodrigo Machado da Silva y cuando pasaron estos hechos yo tenía solamente 20 años.

Todo empezó en el 44 cuando un chaval de origen alemán, Frederick Van Mullër, de dieciocho años fue brutalmente apuñalado en las ruinas del Templo de Diana. No había ninguna prueba en el escenario del crimen, ni huellas, ni sudor, ni nada parecido. Sabemos que sus padres huyeron de Alemania poco después de la Primera Guerra Mundial aunque se arrepintieron después del Golpe de Estado Militar. Cuando se supo de este caso todos pensaron que era obra de la población nacionalista y del odio que tenían hacia los líderes fascistas incluyendo Hitler, aunque Salazar no es que fuese mucho mejor, la gran diferencia entre los dos es que Hitler mataba judíos y Salazar mataba a los suyos. Aunque dijeron que habían sido los nacionalistas al comisario no le convencía esa explicación ya que había algo raro en todo eso pero nadie lo había notado... en el pecho del chico, los cortes más profundos formaban las letras: “S.P.Q.R.” Cualquiera persona que tuviese los mínimos conocimientos de Historia Antigua hubiese dado en el clavo pero la educación fue uno de los principales objetivos donde Salazar disparó sus andanadas de recortes.

Pasadas dos semanas ya nadie se acordaba del caso y Martini aunque había intentado descifrar las cuatro letras torturantes, empezaba a quedarse sin esperanza.

–“Sem pão qualquer rouba” No... el chico conservaba sus pertenencias, no eso no es... – Fue uno de los pensamientos en voz alta que escuché cuando pasaba cerca

de su oficina y tampoco se trataba de las iniciales de alguien ya que él me encargó de buscar personas con esas iniciales y no encontré a nadie en 150km que tuviera esas iniciales excepto un agricultor retirado de 72 años llamado Sergio Pascual Quintiliano Rodrigues y obviamente, lo descartamos.

Al fin Martini se rindió y hubo unos dos meses en los que no pasó casi nada en la ciudad, excepto algunos casos de “Crimen de Opinión”, más conocido como “Crimen de Libertad de Expresión” o así le llamaban los desgraciados habitantes de los estados que no tenían un líder político tan adecuado como el nuestro. Pero pasado esos dos meses, el 15 de Marzo de 1944 se encontraron dos cuerpos esta vez a doscientos metros de las ruinas del templo, ambos inmigrantes, uno checo y otro alemán, también fueron apuñalados igual que el anterior, con las mismas marcas aunque nadie se había dado cuenta excepto él. Este caso despertó la curiosidad en Martini otra vez. Pasó horas intentando descifrar el código hasta que empezaba a quedarse sin esperanza otra vez, él sabía que todos estos crímenes eran obra de un solo maníaco pero no sabía cómo llegar hasta él. Estaba a punto de rendirse cuando se acordó de que todo se pasaba cerca del Templo Romano.

-¡Eureka! ¡Ahí está la clave: S.P.Q.R. Senatum Populusque Rumanus como es que no se me había ocurrido antes!

Ya sabía que significaban las letras pero no le serviría de nada. ¿Qué iba a hacer? ¿Investigar a todos los que tuviesen ascendencia latina dentro de Évora? Para cuando terminase de hacerlo el culpable ya habría construido Roma y todos los que caminos que llevan a ella.

Así que tendría que haber alguna forma de descubrir de quién se trataba, pero... ¿Cómo? El asesino era un genio no dejaba ningún rastro ... Y con lo que teníamos era imposible pillarle. Lo único que sabíamos es que mataba a sus víctimas con una hoja antigua y bastante oxidada posiblemente un “gladius” robado de algún museo o anticuario. La hoja dejaba una cantidad visible de óxido en las heridas por eso lo suponía. El comisario tuvo una idea:

-¡Ya lo tengo Rodrigo! - exclamó eufóricamente - supongamos que la hoja utilizada en los asesinatos es un gladius y por la cantidad de óxido que desprende yo diría que no aguantará muchos más golpes antes de romperse. Si se rompiera es bastante probable que el culpable la tirara en algún lugar cercano y eso nos daría sus huellas, lo único que necesitamos para pillarle. Así que lo único que haremos será esperar a que eso pase, ya que no podemos hacer nada más... Además tus compañeros siguen pensando que eso es obra de los nacionalistas, que necios... Bueno, esperemos pues.

Y eso hicimos, esperamos mes y medio hasta que se rompió la hoja, en ese tiempo el maníaco aún consiguió matar a cinco germanos más. Mis compañeros empezaron a sospechar que eso ya era demasiado, ocho muertes en menos de cuatro meses era demasiado hasta para los nacionalistas. Ellos tampoco podían hacer nada ya que nacionalistas hay muchos y podría ser cualquiera según ellos. Por suerte todo pasó

como mi amigo Martini planeó y la hoja se rompió ya que encontramos un trozo de ella con huellas dactilares a unos veinte metros del octavo cuerpo además de las gotas de sangre en la cara de la víctima, sangre que no probablemente no le pertenecía. Esas huellas pertenecían a Marco Lorenzo un italiano de 30 años originario de Nápoles. Investigamos sobre él y descubríamos que vivía solo en un pueblo pequeño de los alrededores de la ciudad, también averiguamos que trabajaba de las dos a las siete de la tarde en un olivar a unos kilómetros de su casa. Esta sería la ocasión perfecta para entrar en su casa para averiguar más sobre él ya que sería una estupidez presentar pruebas basadas en análisis ya que los juzgados no las validarían porque el país estaba aislado de la tecnología, por suerte el comisario había viajado mucho, por eso seguíamos utilizándolas para investigar.

Así que allá fuimos a inspeccionar la casa de Lorenzo; Martini, cinco oficiales más y yo. Era la típica casa de campesino de pueblo. Teníamos cinco horas para buscar cualquier prueba que nos ayudase a tener el derecho de arrestarle. Empezamos buscando en los armarios y cómodos pero no encontramos nada fuera de lo normal, después miramos dentro del horno, debajo de las camas y debajo de las mesas pero tampoco encontramos nada. Empezábamos a pensar que nos habíamos equivocado hasta que yo por un enorme golpe de suerte pisé una tabla rota de la habitación principal y justo debajo de esta había un hueco con una vieja caja de madera en su interior. La abrimos y dentro encontramos El Dorado, un montón de documentos que eran como una guía de cómo tenderle una trampa. Le pillaríamos en flagrante, justo cuando fuese a por su siguiente víctima, Ángela Kofman, una alemana de 43 años también refugiada de guerra. O eso ponía en su lista de objetivos en la que estaban todas las víctimas anteriores, pero Martini quería pillarle en flagrante no quería arrestarle en ese momento. También tenía en esa casa la bandera de un estandarte romano juntamente con un árbol genealógico larguísimo doblado, lo abrimos e iba hasta el siglo V y apuntaba que Lorenzo era descendiente de un linaje puro, hijo de primogénitos que descendían de Rómulo el último romano de Occidente. Eso lo explicaba todo, sus asesinatos a los de origen Germánico eran como una forma de vengarse por la caída del Imperio de sus antecesores y también explicaba por qué todos los asesinatos pasaban cerca del templo.

Martini tenía un plan, primero avisó a Ángela que al principio no lo creyó, después de convencerla de que era verdad venía lo más difícil: Convencerla a ser nuestro cebo. Caso no aceptase siempre podríamos amenazarla y obligarla a hacerlo, al fin y al cabo siempre hay un lado bueno en vivir en una dictadura. Pero ella lo aceptó a la primera, supongo que habría pensado que mejor ayudarnos a pillarle antes que él le pillase, muy lista... Así le tendimos una trampa, pusimos a Ángela justo delante del templo fumándose un cigarrillo a las 10 de la noche, era irresistible para él, estábamos seguros que vendría.

Ya eran las 11 y media y no había señal de Lorenzo, los oficiales ocultos tras los muros destrozados y las columnas rotas estaban impacientes y ya se hartaban.

Empezaba a dudar si aparecería hasta que a la media noche en punto apareció. Era una noche fría, algo raro en esa época del año y había una espesa niebla en la cual se veía una silueta. Cuando se acercó más pudimos ver que era Lorenzo y llevaba una armadura de legionario, pero ya no tenía su gladius ahora llevaba una lanza, cosa no muy típica de los romanos. Venía hacia Ángela y gracias a la niebla y a nuestros escondites no nos había visto. Se acercaba rápidamente hacia ella con intención de clavarle la lanza. Cuando estaba a unos cinco metros de ella, Martini saltó de detrás del muro, le apuntó con el arma y dijo:

-¡Manos arriba y deja la lanza en el suelo!

En ese momento Lorenzo le lanzó a Ángela la lanza a ,que en realidad era un “pillum” o una jabalina, y con un disparo le atravesó la cabeza. Lorenzo salió corriendo pero Ángela falleció al instante, era inútil intentar llevarla siquiera al hospital, tenía el cráneo atravesado por una jabalina. Martini la miró, ignoró su muerte y salió corriendo detrás de Lorenzo mientras gritaba a los demás oficiales para que le siguieran. Yo no lo seguí porque me quede de piedra mirando pasmado la imagen de la mujer tumbada con la lanza en la cabeza, fue un trauma que tardé en superar y aun hoy sigue atormentándome.

Por lo que me dijeron el comisario siguió persiguiendo a Marco Lorenzo e intentó dispararle varias veces pero su armadura era demasiado gruesa, pero eso le daba una desventaja ya que disminuía mucho su velocidad. Así pasados unos cuatro minutos de persecución Martini placó a Lorenzo, pero justo en el momento en el que le placó, Lorenzo saco un “pugio”, un puñal típico de los legionarios y se lo clavó en el cuello mientras ese estaba encima de él, cuando lo hizo los demás policías le dispararon a la cabeza inmediatamente y él también murió...

Fue una masacre, tres personas muertas por la ambición de uno de ellos, fue un hecho que marcó la historia de la ciudad y desde entonces los italianos ya no son tan bienvenidos aquí, aunque siguen habiendo. Pero desde el día de la masacre nada fue lo mismo. En 1974 el año en que se acabó la dictadura, yo el nuevo comisario Machado, añadí cuatro columnas romanas al emblema de la comisaria de Évora en honor a Martini y a Ángela, cuyos nombres no serán olvidados en mi memoria.